

EDICIÓN FAMILIAR ILUSTRADA

Pavol Bučan

Memorias de un prisionero

Sachsenhausen y Lichtenrade

Enero - julio de 1945



Las memorias completas • traducción del eslovaco revisado

Septiembre de 2026

Cubierta: ilustración con IA

Sobre esta edición

Esta traducción íntegra parte de la edición eslovaca revisada. Seis agentes editoriales de IA prepararon el texto eslovaco, que se cotejó con las fotografías mediante una revisión cruzada y se armonizó al final. La revisión aborda la ortografía, la puntuación, la gramática y las frases poco naturales, conservando todos los sucesos, detalles, puntos de vista, fechas y expresiones de incertidumbre o información de oídas. La traducción no añade escenas ni presenta los rumores como hechos comprobados.

Las nuevas fotografías de las páginas de origen 6, 14 y 17 permiten recuperar las palabras antes ocultas y distinguir los caracteres anulados. El texto de lectura no contiene marcas de pasajes ilegibles. Las letras restituidas con seguridad se integran en las palabras y las explicaciones editoriales figuran en las notas finales. Las llamadas ¹ y ² remiten a la frase incompleta de la página 5 y a la formulación original del número de prisioneros de la página 17. La primera nota también conserva y traduce el fragmento que no puede integrarse en una frase fluida sin añadir una afirmación ausente.

Los términos y juicios propios de la época pertenecen al testimonio del narrador. Conservarlos no significa aprobarlos. Las memorias son una fuente personal, no un registro histórico o médico verificado de forma independiente.

La atribución final fecha el relato original en Banská Bystrica, el 20 de septiembre de 1946. El mecanoscrito identifica a Ivan Bučan como el hijo que lo transcribió y revisó, sin fechar esa labor posterior.

Sobre las fotografías y las ilustraciones

Esta edición reúne el texto íntegro de las memorias, fotografías familiares, imágenes documentales de los lugares e ilustraciones creadas con IA. Las fotografías familiares conservan el aspecto de los originales facilitados; Martin Peniak identificó a las personas retratadas. Los pies de las imágenes documentales indican el lugar, la fecha y la fuente, para situar cada fotografía en su época. Las ilustraciones inspiradas en el relato se identifican junto a cada imagen. Ofrecen una interpretación artística de las situaciones descritas; sus figuras y detalles concretos son interpretativos. No se facilitó un retrato de Pavol Bučan para esta edición.

Las imágenes acompañan el relato entre párrafos completos. Se conservan el texto de las memorias, la secuencia de los acontecimientos y las notas finales.

Índice

Sobre esta edición	2
Memorias de un prisionero de los campos de concentración de Sachsenhausen y Lichtenrade.	4
Fotografías familiares	35
Lugares de las memorias	39
Notas sobre el texto	42
Fuentes y créditos de las imágenes	44

Memorias de un prisionero de los campos de concentración de Sachsenhausen y Lichtenrade.

Página de origen 1

El 14 de enero de 1945, un largo tren con las ventanillas enrejadas se detuvo en una estación desconocida. Los guardias militares alemanes abrieron las puertas de los vagones y rugieron: «¡Los, los!». Intentamos bajar lo más deprisa posible para que los guardias no descargaran su odio sobre ninguno de nosotros. Un gran letrero en el edificio de la estación anunciaba que estábamos en Oranienburg.

El hombre que iba a mi lado en el vagón quería dejar allí sus buenas botas de invierno y su maleta, pero los guardias gritaban que debíamos llevarnos todo y que nos permitirían conservarlo. Fue allí, en la estación, donde vi por primera vez a prisioneros de un campo de concentración descargando diversas cosas de los vagones bajo vigilancia. Gritaban algo en alemán, pero yo no los entendía. Vestían ropa de rayas y llevaban en el pecho unos números grandes con un triángulo rojo.

No tuve tiempo de pensar en ello, porque nos estaban formando en filas, nos contaron y dieron la orden de partir. El frío cortante que nos recibió hacía aún más penosos aquellos primeros malos momentos en tierra extranjera. Rodeados de guardias, nos pusimos en marcha entre los incesantes gritos de «¡Los, los!».

Caminaba ensimismado, pensando en el destino que nos aguardaba. Entonces recibí un fuerte golpe en la cara y un guardia alemán me gritó algo que no entendí. El hombre que iba a mi lado me explicó que debía sacar las manos de los bolsillos, porque aquello podía acabar en algo peor que una bofetada.

A mi lado caminaba nuestro cantor, Jenko Harach, que cantaba incluso allí donde otros lloraban y que había sufrido conmigo en las cárceles de Prievidza, Nitra y Sered'. Conmigo habían llegado también mineros eslovacos de Handlová. Entre ellos estaba mi amigo, el viejo Schmidt, que había trabajado durante 30 años en las minas de Handlová y ahora caminaba aquí conmigo hacia un destino desconocido. Todos tristes, hambrientos y ateridos, con la cabeza gacha, cargados de cajas de toda clase, marchamos hacia el campo de concentración.

Un gran letrero en la puerta nos indicó dónde estábamos: en Sachsenhausen. Allí vi por primera vez el gran muro que rodeaba todo el campo, con torres de

vigilancia de las que asomaban cañones de armas. Ante el gran portón se oyó la orden de detenernos, y los hombres de las SS alemanas nos inspeccionaron en silencio y se hicieron cargo de nosotros, relevando a quienes nos habían vigilado hasta entonces, miembros de la milicia territorial alemana.

Nos condujeron más adelante, a través de un amplio espacio vacío en el que había un campo de fútbol rodeado de barracones de madera iguales.



Fotografía moderna

Sachsenhausen: la torre de entrada A vista desde la plaza de recuento, 28 de agosto de 2007.
Fotografía moderna de un lugar descrito en las memorias.

Cabologist / Wikimedia Commons, public domain

Página de origen 2

Nos detuvimos junto a un barracón y nos colocaron de cara a él. De repente, como si obedecieran una orden, unos diez prisioneros de más edad salieron precipitadamente del barracón y nos quitaron todo lo que llevábamos: paquetes, zapatos de abrigo y otras cosas.

Uno a uno nos empujaron al interior del barracón, donde nos registraron en una habitación: nombres, fecha de nacimiento, nacionalidad y domicilio. De allí pasamos a otra habitación, donde recibimos la orden de quitarnos todo. Nos

arrancaron los anillos de los dedos y las coronas de oro de los dientes. Así como estábamos, nos empujaron a otra habitación que parecía una sala de baños. Junto a las paredes estaban sentados unos ocho prisioneros, que nos afeitaron y nos metieron bajo las duchas. Después tuvimos que entrar corriendo en otras habitaciones, donde ya habían preparado montones de harapos: ropa interior desgarrada y prendas exteriores de rayas, y, para los pies, paños hechos de retazos cosidos y zuecos de madera. Vestidos con aquellos harapos, nos echaron delante del barracón donde íbamos a vivir. Nos dejaron de pie durante 6 horas, con un frío de unos 20 grados bajo cero. Por la noche nos dejaron por fin entrar en el barracón.

Al día siguiente nos visitaron prisioneros de más edad y nos dijeron que habíamos tenido mucha suerte, porque cuando ellos llegaron como nuevos, aporrearon al menos a 50 y a tres los ahogaron literalmente en la sopa. Quizá, tal vez, la razón de que nos trataran con más indulgencia fuera que las tropas soviéticas se acercaban a Berlín despacio, pero con paso firme.

En los días siguientes, distintos guardias alemanes nos hacían hacer ejercicios en el campo de fútbol, y las patadas y las bofetadas formaban parte de ellos. Hacia las 11 traían calderos con lo que llamaban sopa, «zuppen». Cada uno recibió un trocito de tela blanca en el que debía dibujar con un lápiz de tinta el número que le habían asignado. A mí me dieron el número 123357. Detrás del número dibujamos arriba un triángulo rojo y abajo las letras SL. Significaban «infractor político eslovaco». Lo más difícil era tener que aprendernos de memoria nuestros números de prisionero y decirlos en alemán.



Bundesarchiv, Bild 183-78612-0008
Foto: o. Ang. | 1936/1944 ca.

Fotografía documental

Presos durante un recuento en Sachsenhausen, aproximadamente entre 1936 y 1944. Fotografía histórica del campo; las personas retratadas no están identificadas como Pavol ni como los compañeros mencionados en su relato.

Bundesarchiv, Bild 183-78612-0008 / CC-BY-SA 3.0

Al cabo de una semana, aproximadamente, recibimos la orden de recoger todo lo que teníamos y partir. Adónde, no lo sabíamos. Nos llevaron a la estación de ferrocarril bajo una vigilancia reforzada. En los vagones volvimos a encontrarnos la mayoría de los que habíamos llegado al campo poco antes. Desde el tren vimos las terribles ruinas de Berlín, entre las que avanzábamos lentamente. Bajamos en una pequeña estación y, rodeados de hombres de edad de la milicia territorial alemana, esperamos a ver qué ocurriría. En tranvía nos llevaron a las afueras de Berlín, donde había un pequeño campo de concentración, Lichtenrade, y otra vez un muro largo y grande, alambradas de espino y una puerta ante la que había hombres de las SS. El campo estaba construido para 280 prisioneros.

Al día siguiente viajamos en tranvía durante casi 2 horas entre las ruinas de las casas. Bajamos en una plaza pequeña, nos dieron picos y palas y tuvimos que retirar los escombros de los edificios. Miro cerca de allí y veo el nombre de la calle: Wilhelmstraße. Es una calle muy larga, con la mayoría de las casas de alrededor en ruinas por los bombardeos. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que escombros de casas y solo quedaban chimeneas en pie aquí y allá. En aquel triste entorno trabajábamos hambrientos hasta la noche, todos los días. Nunca olvidaré Lichtenrade, en Berlín. Desde la mañana hasta la noche, una paliza por cualquier insignificancia, y durante el día un trabajo agotador con apenas un poco de comida repugnante. Como seguía haciendo un frío intenso, trabajaba con bastante empeño para entrar en calor. Mis compañeros de cautiverio me repetían que, si quería seguir con vida, en el trabajo debía gastar solo tantas calorías como recibía con la comida.



Bundesarchiv, Bild 183-P0627-501
Foto: Cürlis, Peter | 1946 Frühling

Fotografía documental

Berlín, las ruinas de Wilhelmstraße, primavera de 1946. Vista documental posterior de una calle mencionada en las memorias.

Bundesarchiv, Bild 183-P0627-501 / Cürlis, Peter / CC-BY-SA 3.0

En aquel pequeño campo de concentración había prisioneros de otras nacionalidades, no solo eslovacos, sino también noruegos, polacos, rusos, franceses y belgas. Nos decían que habíamos tenido suerte de que nos destinaran allí y que, después de todo, era más seguro que el gran campo de concentración, donde todos los días envenenaban con gas a los prisioneros y los quemaban.

El hambre de cada día era lo que más nos atormentaba a todos. De nada servía que, mientras trabajábamos, recogiéramos de entre los escombros todo lo que se podía comer. Mirábamos con envidia a los rollizos noruegos, que recibían paquetes de comida cada dos semanas y dormían en sacos de dormir de piel. De ellos se ocupaba la Cruz Roja Noruega. Los hombres de las SS de aquel campo eran crueles y sanguinarios, como en cualquier campo más grande. En crueldad destacaba sobre todo su comandante, que era drogadicto y alcohólico. Los Láger-erste y los comandantes de barracón eran en su mayoría alemanes; más tarde nombraron también a unos cuantos polacos comandantes de barracón. A nuestro barracón, el n.º 8, destinaron a un alemán de convicciones sociales, un hombre decente. Después pusieron allí a un polaco, antiguo zapatero, al que llamaban Ivan. Era un hombre muy cruel y malvado, siempre llevaba un tubo de goma y golpeaba con gusto a los prisioneros.

Nos pidieron a los eslovacos que se presentaran los que supieran alemán para hacer de encargados de trabajo, vorarbeiter. Es decir, no tendrían que trabajar, sino limitarse a obligar a los demás a hacerlo, y recibirían una ración doble de sopa. Tenía curiosidad por saber cuántos se presentarían, pues muchos sabían bien alemán, pero sentí alivio al enterarme de que, de 280 prisioneros, solo se habían presentado dos.

Mientras trabajaba entre los escombros, a menudo me preguntaba qué futuro le esperaba a aquella hermosa ciudad en ruinas. Algunos compañeros decían que los hombres de las SS tenían previsto mandar allí a todos los eslavos que hubieran cometido alguna falta contra ellos y, después de una guerra victoriosa, reconstruir un Berlín todavía más hermoso que antes. En fin, teníamos motivos para alegrarnos.

Al retirar los escombros, íbamos abriendo de nuevo el paso al tráfico en la ciudad. Un compañero de cautiverio que era constructor decía que, si querían levantar un nuevo Berlín, tendrían que sacar toda clase de materiales inservibles que no se podían aprovechar y formar una montaña tan grande como Pánsky Diel, cerca de Banská Bystrica. Un día, después de un fuerte bombardeo, nos destinaron a unos 200 prisioneros a un gran cruce para retirar los escombros de las casas y restablecer el tráfico, que habían desviado por una calle lateral. Donde trabajaban prisioneros marcados con distintos números y triángulos, los civiles no podían entrar en contacto con ellos, bajo la amenaza de acabar también en un campo de concentración. A veces algún civil llegaba, quizá por error, al lugar donde trabajábamos, pero los hombres de las SS lo hacían retroceder a gritos. Yo trabajaba justo en el borde de aquel cruce, y los civiles pasaban cerca de mí. Estaba agachado recogiendo ladrillos cuando, de repente, cayó un paquete a mis pies. Lo recogí rápidamente y lo escondí bajo la camisa. Lo abrí con una mano y percibí el olor a salami, cigarrillos y chocolate. Entonces comprendí que no todos los alemanes eran fascistas. Miré a los guardias para ver si habían notado algo, pero veo que hay cierto revuelo entre ellos. Un guardia se acercó, anotó mi número, me gritó algo y me quitó el paquete. Entonces comprendí lo que me esperaba: que me ahorcaran, me ataran y me dejaran suspendido, o me dieran una paliza terrible. Cerca trabajaba mi amigo el constructor, que sabía bien alemán. Le pregunté si intentaría convencer al guardia de que no lo denunciara. Aceptó y habló con aquel hombre de las SS. Después vino a decirme que estaba arreglado: había logrado convencer al guardia y este no lo denunciaría. Solo me mandaba decir que la próxima vez me libraría y recibiría el debido castigo por la falta.

Un paquete entre los escombros



Ilustración creada con IA a partir de las memorias.

Mientras Pavol retiraba escombros en Berlín, un paquete de comida cayó a sus pies. Después, un guardia se lo quitó.

Página de origen 4

Cuando se acercaban los aviones estadounidenses para bombardear, primero se daba el «for-alarm». Entonces teníamos que vestirnos en 5 minutos y salir corriendo al refugio. En la puerta del refugio estaban los llamados comandantes, prisioneros que tenían algún cargo. Llevaban mangueras de goma en las manos y golpeaban con ellas a los rezagados sin miramientos. Cuando la sirena daba la «alarma», todos tenían que estar ya dentro del refugio. Esto se repetía 3–4 veces cada noche. Muchas veces veíamos a los soldados alemanes disparar contra los aviones estadounidenses con cañones antiaéreos. A veces un avión recibía un impacto, comenzaba a arder y de él se desprendían pequeñas nubes blancas. Eran los paracaídas de los aviadores que habían tenido que saltar.

Seguíamos trabajando hambrientos y ateridos, y adelgazábamos mucho; aun así, algunos prisioneros cantaban por la noche.

Poco a poco se acercaba la Pascua. Se oía decir que durante las fiestas no trabajaríamos durante 2 días y nos darían más comida. En realidad, no trabajamos un día y nos dieron una rodaja de salami más de lo habitual.

Después de las fiestas vino a verme un compatriota de Mikuláš y me dijo que, mientras nosotros seguíamos aquí en el campo de concentración, las tropas soviéticas ya habían liberado Banská Bystrica. No sabíamos qué sería de nosotros. Quizá nos mataran a todos. Más tarde supe cómo se había enterado, ya que los prisioneros no podían escuchar ninguna radio. En el barracón I vivía el láger-erte, un prisionero que desempeñaba el cargo de mayor rango. Siempre llevaba ropa de prisionero limpia y junto al número tenía un triángulo violeta, que significaba «fanático religioso». Los alemanes habían encerrado en el campo de concentración a toda una secta, y él era uno de sus miembros.¹ Escuchaba la radio y de vez en cuando revelaba algo.

De camino al trabajo pasábamos junto a una casa medio derruida en la que alguien había escrito con pintura blanca «Hitler ist kaput». Aquello nos daba fuerzas y esperábamos que quizá llegáramos a vivir para ver la liberación.

El frío desagradable aún persistía. Un día, mientras trabajaba, sentí una fuerte punzada bajo el omóplato izquierdo y se me empezó a hinchar la zona alrededor de los ojos. Por la noche, después de que se dieran las órdenes, fui a la enfermería para que me examinaran. Allí me dijeron que me había enfriado mucho y que aquello, junto con la falta de comida, me causaba esos problemas. Un enfermero, que era un sacerdote belga, me masajé la espalda aquella noche. Como el dolor aumentaba cada día, el médico me ordenó reposo. Al día siguiente ya no fui a trabajar y me presenté ante el comandante del barracón. Era un alemán con conciencia social. Primero me dio una charla bastante larga. Me dijo que trabajara despacio, que barrería los caminos y que no pensara en casa. Dispuso que me dieran más comida para que me recuperara. De lo contrario, dijo, iría «in komín» («por la chimenea»), refiriéndose a la chimenea del crematorio de Sachsenhausen. Como al cabo de una semana el dolor no había cesado y empecé a hincharme, el médico me mandó guardar cama. Habían acondicionado una habitación para casos como el mío. Todos los días, después del reparto del trabajo, venía a inspeccionarme un hombre de las SS, el segundo comandante.

Nunca olvidaré el silencio absoluto que se hizo cuando los prisioneros se marcharon a trabajar. Lo interrumpió un paso militar acompasado. La puerta de la habitación se abrió y entró el todopoderoso hombre de las SS. Con su bastón levantó la manta de mi cama, comprobó si seguía vivo y se marchó.

Como mi enfermedad no mejoraba, me destinaron a un transporte al gran campo de Sachsenhausen. Por la mañana me vestí y, después de que enviaran a los demás a trabajar, nos quedamos allí de pie seis hombres que íbamos a regresar en aquel transporte a Sachsenhausen. Conmigo había un polaco reducido a piel y huesos, declarado enfermo incurable y destinado a la cámara de gas y al crematorio. Antes de separarnos, recibimos la orden de presentarnos delante de la oficina a las nueve en punto. Recogí los pocos harapos que tenía y llegué a las ocho y media. Uno de mis compañeros llegó algo más tarde, cuando el comandante de las SS ya estaba allí. Se enfureció y le dio una paliza terrible hasta dejarlo inconsciente.

Y así volví a encontrarme en el temido Sachsenhausen, aquel terrible campo donde una vida humana no significa nada. Durante mucho tiempo fui de un barracón a otro. Miraba con miedo la cámara de gas y el crematorio, cuya gran chimenea no dejaba de echar un humo acre. Por fin me destinaron al hospital de prisioneros, que llamaban «revír», donde al menos podía estar acostado y me controlaban la fiebre. Los enfermos que estaban allí decían, con miedo en los ojos, que un médico de las SS venía a examinarlos y no dejaba de poner inoculaciones experimentales, produciendo así diversos sueros con los que después trataban a los soldados alemanes. A mí también me pusieron muchas inyecciones y me sacaron sangre varias veces, pero nada me ayudaba.

A lo lejos se oía el fuego de artillería como un trueno, cada vez más cerca. Algunos de los enfermos que estaban allí decían que las tropas soviéticas ya se encontraban en el este de Berlín. Aquellos acontecimientos nos mantenían con vida, pero esperábamos lo peor para el final. Entre los enfermos se hablaba de que quizá nos fusilaran a todos o nos envenenaran con gas, mientras que algunos habían oído que nos dejarían volver a casa. También se notaba cierto cambio en el comportamiento de los hombres de las SS y de los jefes de los prisioneros: ya no mataban por cualquier insignificancia, pasaban algunas cosas por alto; en una palabra, se habían ablandado un poco.

A comienzos de abril de 1945, un día soleado, la sirena dio el «for-alarm» y, enseguida, la alarma. Nosotros, en la enfermería, el llamado revír, seguimos acostados en nuestras camas. Se oía un gran estruendo de aviones y dos bombas cayeron también dentro del recinto del campo. Una cayó sobre los barracones que servían de almacenes. Allí estaba guardada también nuestra ropa de civil y todo ardió por completo. La segunda bomba cayó justo al lado del muro que rodea Sachsenhausen. Los aviadores estadounidenses bombardeaban una fábrica de granadas en Oranienburg y solo por casualidad habían caído dos grandes bombas en el campo. Hubo muchos prisioneros muertos y heridos, sobre todo entre los que trabajaban en la fábrica de granadas. Nuestra enfermería se llenó por completo de prisioneros muy gravemente heridos, que yacían incluso en los pasillos. Por ello, a los que no estábamos tan enfermos nos enviaron al bloque n.º 37, que se llamaba schonungs barak y servía para la convalecencia. Un jefe de habitación nos condujo por la plaza de recuento. De una portería de fútbol colgaba un ahorcado, con la cara ya completamente ennegrecida. Llevaba sujeta al pecho una tablilla con la inscripción: «Así acaba todo el que roba durante un bombardeo». Lo conocía de vista. Era un partisano eslovaco de Horehronie. Su falta había consistido en que, al comenzar el bombardeo, había cogido un trozo de pan de una estantería reservada para el comandante del barracón. Este lo vio, lo apresó y lo llevó al departamento político de los hombres de las SS, y por orden de ellos fue ahorcado públicamente en la portería de fútbol. Lloró y suplicó en vano; no obtuvo compasión. Me dio mucha pena que aquel joven eslovaco nunca volviera a ver a sus seres queridos y a su tierra natal, la hermosa Horehronie, ni a su madre, a la que llamaba en los últimos momentos de su vida.

Al pasar junto a los barracones, vi caras conocidas de Lichtenrade. Estaban todos: Harach, Schmidt y todos los demás. Más tarde, cuando los visité, supe que los habían obligado a fortificar Berlín, reparar puentes y cavar trincheras. Después habían vaciado rápidamente todo el campo de Lichtenrade y habían vuelto al gran campo de Sachsenhausen.

El 9 de abril de 1945, para nuestra gran sorpresa, todos pudimos movernos libremente por el campo. Por todas partes reinaba un gran desorden y se quemaban papeles de toda clase. Durante la noche liberaron a los kapos y a los comandantes y los vistieron con uniformes de las SS. También repartieron entre los demás prisioneros grandes cantidades de tabaco que habían tenido escondidas en los barracones, de modo que yo recibí 2 paquetes.

En las torres de vigilancia que se alzaban sobre aquel muro que rodeaba todo el campo colocaron nuevas ametralladoras de gran calibre. Ya no apuntaban hacia fuera del campo, sino, al contrario, hacia dentro. Yo seguía en el bloque n.º 37, donde estaba la enfermería para los presos enfermos. El jefe del barracón era un alemán, un hombre mayor, antiguo capitán de barco que, según se decía, había matado a muchos marineros y por eso había sido recluido en el campo de concentración de Sachsenhausen. Era un hombre terrible; golpeaba a los presos por cualquier nimiedad. Una de sus aficiones consistía en hacer rociar a un grupo de presos con agua fría cuando más frío hacía. Siempre tenía a su alrededor muchachos jóvenes que lo atendían. Se decía de él que era sádico y homosexual. Una mañana me lié un cigarrillo grueso con aquel tabaco, la majorka que me habían dado, y fumaba en el patio, delante del barracón, como la chimenea del crematorio. No me di cuenta de cuándo se acercó a escondidas nuestro jefe de barracón; solo sentí una fuerte bofetada, seguida de más golpes y patadas. Me quitó mi boquilla tallada para cigarrillos, que llevaba la inscripción Sachsenhausen. Me la había tallado y regalado un conocido con quien había compartido habitación durante un tiempo. Mis compañeros de habitación me dijeron que no debía haber fumado en horas de trabajo, aunque nosotros, por estar enfermos, no trabajáramos. Al día siguiente, tal como se me había ordenado, fui a bañarme a aquel barracón donde estaban las terribles duchas de las que nunca se sabía qué iba a salir: agua o gas venenoso. No me devolvieron la ropa de preso, sino que me dieron ropa de civil que había pertenecido a presos muertos. Cuando me vestí, parecía un payaso de circo. Los pantalones eran de buena tela, negros con rayas, pero les habían recortado cuatro rectángulos y cada uno estaba remendado con una tela distinta y chillona. El abrigo era de invierno, más bien corto, y llevaba en la espalda un gran remiendo de tela roja. El sombrero era de color claro y tenía pintada encima una gran cruz roja con pintura al óleo.

Al campo de Sachsenhausen empezaron a llegar transportes de presos de otros campos que ya habían ocupado las tropas soviéticas. También llegaron muchos presos de Auschwitz, que se encontraban en el peor estado físico y morían uno tras otro. Un gitano alemán era el encargado de llevar los cadáveres al crematorio. Los transportaba en una carreta de dos ruedas cubierta con una tapa negra. Tenía tanto trabajo que le asignaron a otro preso para ayudarlo. En el gran campo de Sachsenhausen podían caber hasta 100 000 presos, pero, como cada día llegaban presos nuevos de distintos campos que los nazis habían tenido que abandonar, calculábamos que allí había al menos 200 000 presos. Y por eso, en aquellos días, la chimenea del crematorio echaba humo de día y de noche.

El 10 de abril de 1945 recibimos la orden de presentarnos en la plaza de recuento para que nos asignaran trabajo. Nos mandaron cavar trincheras cerca del campo. El tiempo empezaba a ser primaveral y alrededor del campo comenzaba a crecer una hierbecita verde que muchos de nosotros devorábamos con avidez. Pensé si podría escapar, pero vi que todavía no era posible, porque seguían vigilándonos con mucho rigor y también con la ayuda de perros adiestrados. Ya no dormíamos uno por cama; ahora nos apretujábamos hasta tres en una sola cama.

Desde el este, los cañones retumbaban cada vez más. A los que pertenecíamos al bloque n.º 37 (Schonugs-barak) nos pusieron en una larga fila y esperábamos con miedo lo que iba a suceder. Dos médicos del campo estaban sentados en un lugar y cada uno de nosotros se presentaba ante ellos. Anotaban nuestro número, nuestra edad y la enfermedad que padecíamos. Era una comisión que determinaba quién de nosotros era capaz de soportar un traslado largo y quién debía quedarse en el campo por estar enfermo.

11 de abril de 1945: como no recibíamos comida alguna, se desató un hambre terrible en el campo. Los presos recogían cáscaras de patata y remolacha de un gran montón junto al jardín. Yo también llené una taza y fui a lavarlas. Miré a mi alrededor por el campo y veo que la cámara de gas y el crematorio han desaparecido en una sola noche. Quise coger mi taza y veo que, mientras miraba a mi alrededor, algún preso me ha robado la taza con todo su contenido.

El 12 de abril de 1945 nos echaron a todos de los barracones a la gran plaza de recuento, donde ya había una larga fila de presos, y vi que los primeros recibían pan y latas de conserva. Nos ordenaron ponernos en la fila. Estaba allí, en aquella larga fila, mirando si veía en algún sitio a mis conocidos. Pero no estaban por ninguna parte. Oí a alguien gritar: «¡Eslovacos, por aquí!». Así que fui adonde estaba la mayoría de los eslovacos y después corrí a los barracones donde había visto a mis conocidos de Lichtenrade. Estaban en aquel barracón, sentados en las camas, y me dijeron que no iban a ir a ninguna parte y que querían esperar allí al ejército soviético. Yo regresé y más tarde me enteré de que los habían echado del barracón y habían tenido que irse con un transporte desconocido. Volví a estar en aquella larga fila y, cuando me tocó el turno, solo recibí media ración de pan y una lata de conserva.

Las tropas soviéticas se acercaban de manera imparable, y de ahí las prisas en los preparativos para salir del campo. Me comí enseguida el pan y la conserva que nos habían dado, todo, y por primera vez me sentí saciado. Todavía en la puerta, cuando salíamos, nos rodeó un destacamento alemán de hombres de las SS con un jefe, y nos pusimos en marcha. Nos empujaban hacia el noroeste, hacia Neuruppin. Marchamos durante todo el día. Durante aquella marcha empezaron a notarse las consecuencias de la larga inanición y del trabajo duro. Los presos se quedaban atrás uno tras otro y contraían disentería, así que los guardias los obligaban a seguir a la columna a palos. Al anochecer llegamos a un pueblo cuyo nombre no recordé. Allí nos metieron en un granero grande, lleno de paja. Nos metieron a todos en aquel granero, de modo que al dormir casi estábamos unos encima de otros. Por la noche tuve que ir a hacer mis necesidades bajo la vigilancia de los guardias y, cuando volví, ya no tenía ningún sitio donde acostarme. Me quedé allí de pie hasta que, al cabo de mucho tiempo, alguien se movió y se abrió un pequeño hueco donde tumbarme. Cuando me acostaba allí con dificultad, agotado y destrozado, me tumbé sobre la pierna de mi vecino, que empezó a golpearme y a darme patadas con todas sus fuerzas. Los demás compañeros presos tuvieron que separarnos. Este desagradable incidente fue consecuencia de la enorme tensión física y mental. Por la noche me desperté con mucho frío, palpé a mi alrededor y me di cuenta de que estaba parcialmente tumbado sobre alguien. Me despejé y comprendí que estaba encima de un compañero preso muerto. Por la tarde había visto que un antiguo párroco católico romano se acostaba cerca de mí, así que lo desperté y le conté lo que había pasado. Después sacamos juntos al muerto al patio, donde también lo enterramos. Muy temprano a la mañana siguiente nos hicieron seguir sin comer. Delante, unos 8 presos tiraban de un carro cargado con patatas crudas y las pertenencias de los guardias, y detrás marchábamos nosotros en filas de seis. Por casualidad acabé en una fila en la que todos éramos eslovacos, antiguos trabajadores de los bosques eslovacos.

Todavía no quiero morir



Ilustración creada con IA a partir de las memorias.

Incluso durante la marcha se fijaba en las plantas junto al camino. La naturaleza lo sostenía y anhelaba volver a casa.

Junto a los caminos por los que marchábamos ya crecían distintos arbustos y pequeñas plantas. Algunas no las conocía, así que pregunté a mi vecino si él las conocía. Me miró asombrado y dijo que le sorprendía que, en semejante estado, todavía me interesara la naturaleza. Le dije que yo aún no quería morir, que quería volver a casa y que en la naturaleza encontraba apoyo en aquel estado desolador. Por la tarde volvimos a llegar a un pueblo pequeño y también allí nos metieron en un granero grande, pero había más espacio que la noche anterior: por lo menos podíamos acostarnos cómodamente. Levantábamos el suelo y sacábamos los granos que habían caído debajo, y nos los comíamos. Cada uno llevaba encima una bolsa grande, cosida ya en Sachsenhausen, que parecía de las que antes llevaban los mendigos. En aquella bolsa teníamos una taza en la que echábamos todo lo que encontrábamos y que se pudiera comer de algún modo. En el granero donde dormimos recogí bastante avena y la fui comiendo poco a poco. Por la mañana nos formaron delante del granero y un preso designado para ello comunicó al jefe de las SS el número de presentes: faltaban dos. El jefe, un hombre de las SS, y otro guardia entraron a buscarlos en el granero. Removían la paja y la pinchaban para ver si estaban escondidos allí. No habían pasado ni 10 minutos cuando se oyó un lamento terrible desde dentro y encontraron a los presos en algún lugar bajo la paja. El jefe quitó la bayoneta del fusil del guardia y allí mismo mató a los dos a bayonetazos. Ordenó cavar dos hoyos, enterramos en ellos a los pobres hombres y seguimos adelante.

Nos hicieron pasar por Neuruppin y seguir cada vez más hacia el oeste. En un lugar estuvimos parados mucho tiempo. Los hombres de las SS deliberaban con unos civiles y, al cabo de una hora aproximadamente, nos pusimos en marcha, pero ya no en la dirección que habíamos seguido hasta entonces, sino hacia el este. Nos enteramos de que los estadounidenses estaban ya muy cerca. Rodeamos Wittstock y nos empujaron hacia la ciudad de Neustrelitz.

Y de nuevo dormíamos en distintos graneros y chozas. Detrás de nosotros, señalando el recorrido de nuestra marcha, dejábamos a todos los que ya no podían seguir y morían de hambre y agotamiento. De vez en cuando nos daban 3-4 patatas crudas, que comíamos medio crudas junto a una pequeña hoguera, rodeados de guardias. Por suerte ya crecían ortigas tiernas, que arrancábamos y comíamos. En un pueblo pequeño estuvimos parados mucho tiempo, hambrientos y agotados. Los guardias habían encontrado allí un caballo abandonado con una pata rota. Lo mataron, lo desollaron y el jefe de las SS

ordenó generosamente repartir la carne del caballo entre los presos. En aquel reparto me tocó una porción especialmente grande, así que la metí en mi bolsa de mendigo. Por el camino corté un trozo y me lo comí crudo. Y esto se repitió muchas veces durante el resto del camino: comía carne cruda de caballo y la acompañaba con avena. Mi vecino, un partisano de Margecany, me pidió que le diera un trozo, porque a él ya no le quedaba nada. Le corté un buen pedazo y comió hasta saciarse.

Página de origen 10, 11

En el siguiente pueblo volvimos a estar parados mucho tiempo. Los hombres de las SS y los guardias se reunieron, y otra vez fuimos en sentido contrario, porque por la dirección que llevábamos se acercaban las tropas soviéticas. Ahora íbamos hacia Wittstock y Pritzwalk. Como llevamos más de una semana caminando día tras día de un lado a otro sin descanso y casi sin comida, estamos agotados hasta el borde de la muerte. Mis amigos, con quienes he sufrido desde el principio aquellos terribles maltratos y tormentos, van desapareciendo poco a poco y mueren. Sus tumbas son, en su mayoría, simples cunetas junto a los caminos que ya hemos recorrido. Detrás de nuestra columna, en la que marchaban unos 280 presos, iban dos hombres de las SS a una distancia de unos 50 a 80 metros. Llevaban una cruz roja cosida en las mangas. Cuando algún preso ya no podía marchar con los demás y sus compañeros tampoco tenían fuerzas para llevarlo, lo dejaban junto al camino. Aquellos dos lo liquidaban de varios tiros en la nuca y después apartaban su cadáver del camino a patadas. Y, por supuesto, se seguía adelante como si nada.

Página de origen 11

Caminábamos dando tropiezos y, de puro cansancio y hambre, ya ni veíamos. Llegamos a un cruce de caminos donde había unos vehículos desconocidos. Algunos presos descargaban paquetes de los vehículos, que luego los hombres de las SS repartían entre los presos. A cada uno le tocó medio paquete; los hombres de las SS recibieron uno entero. Eran vehículos de la Cruz Roja Suiza. Nos sentamos junto al camino, abrimos los paquetes y nos comimos casi todo lo que contenían. Había alimentos que, dadas nuestras circunstancias, resultaban extraordinarios: café, té, azúcar, chocolate y mermelada. Nos ayudó, al menos por un tiempo; después de tanto tiempo, me sentía saciado.

Esta penosa peregrinación por el camino desde el campo de concentración, del que huíamos ante la llegada de los ejércitos aliados, se llamaba el camino de la muerte. Nos acercábamos a Parchim. Parchim es una ciudad junto a la carretera

que lleva a Hamburgo. En los caminos nos encontrábamos con grandes cantidades de refugiados, soldados y civiles con mochilas, que habían huido de sus hogares por miedo a las tropas soviéticas. Entre aquella gentuza nos obligaban a marchar hacia el oeste, donde esperaban que los estadounidenses fueran más misericordiosos con ellos. Entre Pritzwalk y Parchim había en un bosque una gran cantidad de cajas vacías con el emblema de la Cruz Roja. Al parecer se había detenido allí una columna parecida a la nuestra y habían recibido paquetes. Un poco más adelante, alrededor de los restos de una hoguera, yacían cuatro cadáveres chamuscados, y más allá, junto a un arroyo, había un preso muerto a tiros, como si estuviera bebiendo agua. Le habían disparado en la nuca. Lo que había ocurrido allí no lo supimos hasta más tarde, después de la liberación. En aquel lugar había descansado una gran columna de presos, unos 1000, y por la noche unos hombres de las SS borrachos habían matado a tiros a quien les había dado la gana.

Poco a poco llegábamos a una ciudad más grande, Parchim. Parchim es para mí un lugar memorable, no solo porque estuve allí tres veces, sino sobre todo porque el ejército soviético me liberó cerca de Parchim. A la entrada de la ciudad los guardias nos detuvieron y volvimos al bosque más cercano. Encendimos hogueras y así, como pudimos, dormimos hasta la mañana. Por la mañana atravesamos Parchim y nos enteramos de que los alemanes habían capitulado y se había declarado la paz. Un guardia, un hombre de las SS, húngaro, me dijo que escapáramos, porque habían recibido la orden de fusilarnos.

Página de origen 12

Desde entonces no dejaba de pensar que tenía que escapar. De ninguna manera quería, al final de todo aquel mal, dejar que me mataran a tiros sin hacer algo para impedirlo.

Me dirigí al grupo de eslovacos que tenía cerca para proponerles que intentáramos escapar, pero ninguno tenía ganas. Uno dijo que un hombre de las SS le había dicho que debían llevarnos a todos hasta los estadounidenses. Solo mi vecino más próximo, un antiguo partisano, el joven Jožko Kovalčík, me dijo que intentaría escapar conmigo. Acordamos que yo fingiría estar muy enfermo y sin fuerzas, que él me acompañaría y que poco a poco nos quedaríamos atrás del grupo principal. Queríamos situarnos entre el grupo principal y aquellos dos asesinos que liquidaban a los que no tenían fuerzas y a los que quedaban tendidos. Cuando lleguemos entre los dos bosquecillos que se ven delante de nosotros, huiremos hacia la derecha. Contábamos con que los hombres de las SS nos dispararían con sus armas automáticas. Todo ocurrió tal como habíamos

acordado y, junto a aquel bosque, a la señal, dimos un salto y corrimos hacia él con todas nuestras fuerzas. Los guardias abrieron fuego contra nosotros, las balas repiqueteaban contra los árboles a nuestro alrededor y seguimos corriendo con las últimas fuerzas que nos quedaban. Pasamos a un segundo bosque, donde encontramos un refugio abandonado. Encima hicimos un pequeño techo de ramas y, muertos de cansancio, dormimos por primera vez como ciudadanos libres, en libertad.

La primera noche en libertad



Ilustración creada con IA a partir de las memorias.

Tras escapar con Jožko Kovalčík, encontraron un refugio abandonado. Lo cubrieron con ramas y se quedaron dormidos, exhaustos.

Por la mañana buscamos por el bosque algo que comer, pero no encontramos nada salvo ortigas tiernas, que sazonomos con sal roja y nos comimos. Así sobrevivimos allí 3 días. Al tercer día ya no pudimos aguantar más y salimos a explorar también otro bosque. Después de caminar un buen rato dimos con una vieja finca. Nos acercamos a ella arrastrándonos. No oímos ladrar a ningún perro y en el patio había un montón de remolachas preparado para el ganado. Con cuidado cogimos algunas y volvimos arrastrándonos al bosque. Comimos parte de las remolachas que habíamos cogido, nos cubrimos con ramas de pino en una hondonada y dormimos. Por la noche nos despertaron un gran estruendo y gritos. Descubrimos que habían entrado soldados en el bosque en seis camiones. Al día siguiente nos acercamos arrastrándonos hasta tener los camiones a la vista. Pero todo estaba completamente en silencio; pensábamos que los soldados dormían dentro. Como, después de seguir esperando, no se movía nada dentro de los camiones ni a su alrededor, quisimos comprobar si había alguien. Jožko cogió una piedra y la lanzó hacia los camiones. La piedra cayó con gran estrépito sobre el guardabarros de uno de ellos. Volvió el silencio y nada se movió. Así que tiramos piedras varias veces más y, como no se oyó nada, fuimos a mirar directamente dentro de los camiones. Estaban casi todos vacíos salvo uno, al que subimos y que encontramos lleno de sacos repletos. Desaté uno y de él empezaron a salir granos de soja; en el segundo encontré almendras. Jožko y yo comimos almendras y soja hasta haber comido bastante. En otro camión encontramos ropa interior y prendas limpias. Así que nos quitamos la ropa harapienta y sucia y nos cambiamos. También encontramos pantalones de civil y botas fuertes, además de otras cosas necesarias, como mochilas y maquinillas de afeitar, que también nos llevamos. Metimos asimismo soja y almendras en dos mochilas y nos pusimos en camino hacia la ciudad de Parchim.

Llegamos a una gran finca por la que ya habíamos pasado una vez durante la marcha. Entré en un gran granero con paja y grité para preguntar si había alguien allí.

De debajo de la paja salió lentamente un hombre negro de gran tamaño y nos entendimos en la jerga de los presos. Dijo que era un prisionero de guerra francés. Le preguntamos si había visto allí a algún eslovaco. Dijo que no sabía distinguirlos, pero que al fondo del granero se escondía un grupo más numeroso de antiguos presos. Así que fui al lugar que me había indicado y grité que, si había eslovacos allí, salieran de la paja. A mi llamada salieron varios eslovacos, antiguos

presos. Me dijeron que, si tenía sed, en el jardín corría agua buena, y me dieron un trozo de carne de cerdo cruda.

Entré en las habitaciones vacías de la granja. Allí encontré un abrigo de civil, que me puse, y un sombrero, que me coloqué en la cabeza. De la cocina me llevé diversos utensilios. Encendimos un fuego en el patio y sobre él freí carne de cerdo en una sartén y cocí en una olla unas patatas que también había encontrado allí.

Era el atardecer, la carne estaba casi hecha y su aroma se extendía por todo el patio de la granja.

En la carretera junto a la granja había un movimiento constante de toda clase de vehículos, y todos se dirigían hacia el oeste. Unos soldados alemanes llegaron hasta nosotros en motocicletas, se bajaron y nos gritaron que apagáramos los fuegos de inmediato, porque los aviadores enemigos podían verlos y después bombardearnos. Nos preguntaron quiénes éramos, así que les dijimos de dónde veníamos. Nos gritaron que no éramos más que cerdos comunistas y que lo único que había que hacer con nosotros era fusilarnos. De la carretera llegó hasta nosotros otro soldado alemán en motocicleta. Estuvieron hablando entre ellos de algo durante un buen rato y después montaron rápidamente en las motocicletas y desaparecieron.

Poco a poco iba oscureciendo. La carne de la fuente de asar estaba casi lista y las patatas ya estaban cocidas cuando se oyó un gran estruendo en la carretera, por el que supimos que se acercaban tanques. Tres tanques se detuvieron delante de la granja, de ellos saltaron soldados y algunos se acercaron a nosotros. Uno nos miró durante mucho rato en silencio. Entonces me di cuenta de que no era un soldado alemán, sino un soldado soviético: un oficial, un tanquista.

Página de origen 13, 14

Estaba muy débil por la enfermedad y el hambre, pero, lleno de alegría, abracé y besé a aquel tanquista. Le dijimos que éramos eslovacos y que habíamos estado en un campo de concentración. Después se acercaron también los demás tanquistas, a quienes abrazamos igualmente a todos. Nos preguntaron si habíamos visto a algún «fritz». Les dijimos que habían estado allí hacía poco y les señalamos la dirección por la que se habían marchado. Les ofrecimos el cerdo asado con patatas, pero lo rechazaron. Probablemente veían lo terriblemente demacrados y miserables que estábamos todos. Al poco rato se marcharon todos.

Me llevé de la granja un recipiente para leche y entre todos atrapamos una vaca alemana negra que pastaba libremente en la hierba. De ello dedujimos que los dueños de la granja, al huir ante las tropas soviéticas que se acercaban, habían soltado por los campos las vacas y los caballos que ya no podían llevarse consigo. Intenté ordeñar la vaca. Costaba ordeñarla, era bastante dura de ordeñar, pero daba una leche excelente. Era la primera leche que bebía desde el final del Levantamiento Nacional Eslovaco.

Después de desayunar nos pusimos lentamente en marcha por la carretera hacia la ciudad de Parchim.

El ejército soviético ya estaba allí, así que nos presentamos en la comandancia, donde nos dijeron que lo mejor sería buscar algún carro y trasladarnos a uno de los campos de reunión.

Nos enteramos de que el transporte de prisioneros de Sachsenhausen del que habíamos escapado se había quedado en algún lugar cerca de Pritzwalk. Teníamos muchas ganas de saber cómo estaban, pues allí estaban todos nuestros amigos más íntimos. Junto con Kovalčík subimos a un camión soviético que iba en aquella dirección. Después de un largo viaje bajamos en un pueblo cerca de Pritzwalk, y allí nos encontramos con los mineros de Handlová que conocíamos. Les pregunté dónde estaban Harach y Schmidt. Me dijeron que Schmidt había muerto durante la continuación del viaje y que Harach estaba en un granero a las afueras del pueblo. Corrí al granero y allí, tendido sobre la paja, estaba Harach, mi compañero de armas de Svätý Kríž y de sufrimiento en las cárceles de Prievidza, Nitra y Sereď, así como en Sachsenhausen. Ya no me reconocía, porque estaba muy enfermo y tenía mucha fiebre; según decían, había contraído tifus. Al día siguiente murió a mi lado en aquel granero, donde también lo enterramos. Se quedó lejos de su hogar y de sus seres queridos, en un pequeño pueblo alemán.

Nos trasladaron en camiones a Parchim y allí dormimos en una escuela municipal.

Primero enfermé yo. Me dio una disentería muy fuerte acompañada de fiebre alta, y después Jožko Kovalčík enfermó de lo mismo. Con grandes dificultades preparamos una sopa, que comimos despacio.

No podíamos ni pensar en emprender el camino a casa en una bicicleta o una motocicleta, porque teníamos fiebre constantemente y nos habíamos debilitado todavía más. Pero no aguantábamos quedarnos sin más tendidos en una casa abandonada, así que nos pusimos lentamente en marcha a pie en dirección a casa.

Me encontraba muy mal, seguía teniendo fiebre y sangraba al defecar. Por eso caminábamos muy despacio. Jožko, que era más joven y tenía más fuerzas, al principio se adaptaba a mi paso, pero después no aguantó más y me dijo que él iba a ir más deprisa y que yo siguiera solo. Me dejó a mi propio destino, enfermo y muy débil en una tierra extraña. Y yo, solo, avanzaba lentamente a duras penas hacia mi destino desconocido. En un tramo de la larga carretera recta me alcanzó un carruaje antiguo tirado por un solo caballito, adornado con una bandera checoslovaca, en el que iban sentadas seis personas. Cuando llamé, se detuvieron y me preguntaron quién era y de dónde venía. Al decirles que era eslovaco y que estaba muy enfermo, me hicieron sitio en el carruaje y subí. Eran judíos eslovacos, y uno de ellos sacó una botella de aguardiente fuerte, me la tendió y me dijo que bebiera un poco. Después me encontré un poco mejor.

Me llevaron a un pueblo grande donde se había instalado un pequeño hospital, me dejaron allí y se marcharon. Permanecí acostado allí tres días. No había medicamentos, pero me daban una dieta especial, patatas y leche. Así me repuse un poco y al tercer día seguí mi camino. Mientras estaba acostado y seguía la dieta me encontraba bastante bien, pero en cuanto empecé a caminar volvieron la fiebre y la diarrea. Sentía como si la mochila que siempre llevaba conmigo pesara cien kilogramos. Solo contenía las cosas que necesitaba a diario. Junto a la carretera por la que caminaba con dificultad encontré un carro de mano abandonado. Lo recogí, cargué en él mi mochila y fui tirando despacio de él. Cerca de un edificio encontré unos quesos alemanes pequeños y redondos que habían quedado tirados. Cogí dos y los cargué en el carro. La fiebre me subió tanto que ya ni veía lo que tenía alrededor. Después de un largo y penoso camino llegué a la ciudad de Bützow. Allí se había instalado un hospital bajo la supervisión de la Cruz Roja Suiza. Permanecí acostado allí una semana y, cuando empecé a encontrarme un poco mejor, me vestí, me puse la mochila a la espalda y seguí a pie hacia el este. Al caer la tarde, cuando ya estaba muy cansado, vi un papel rígido clavado en un poste telefónico, en el que estaba escrito: «Checoslovacos, presentaos en el campo de reunión de Prenzlau». Era el primer saludo de mi patria y me alegré mucho. Llegué a la ciudad de Teterow. Allí había una nutrida guarnición de soldados soviéticos, así que me presenté en la comandancia y recibí también un paquete de comida para continuar el viaje. Iban a enviar a un conductor soviético de camión a Neubrandenburg, por lo que le pedí que me llevara.

Bajé en Neubrandenburg y seguí a pie por la ciudad. Por el camino me encontré con un compatriota de nacionalidad checa, que me dijo que a las afueras había un campo de reunión más pequeño para checoslovacos y me aconsejó que me presentara allí. Fui directamente en la dirección que me indicó y al cabo de un rato llegué al campo. Ya se habían reunido allí muchos checoslovacos. Se había designado a un comandante del campo, que tenía su propio escribiente. Me presenté ante ellos, me asignaron alojamiento y me dijeron que esperara hasta que llegaran los vehículos soviéticos que nos llevarían al gran campo de reunión de Prenzlau. Allí pude bañarme en agua caliente por primera vez durante aquel terrible viaje y me dieron ropa interior limpia. Comíamos juntos y nos daban comida bastante decente. Salía a pasear y empecé a sentirme mucho mejor. Una semana después llegaron tres camiones soviéticos, nos subimos a ellos y emprendimos el camino hacia Prenzlau.

El tiempo nos acompañó durante todo el viaje; al fin y al cabo, ya estábamos mediados de junio. Nos llevaron a la ciudad de Prenzlau, al campo de reunión para checoslovacos. Y yo tuve que volver al hospital. Era un hospital belga y también había prisioneros de guerra belgas, que tenían habitaciones pequeñas y agradables y recibían buenos cuidados. Los médicos del hospital eran belgas y había muchísima gente. A mí no me ayudaron mucho, así que me presenté en la enfermería soviética. Una médica me examinó, me dio 20 dosis de medicamento en polvo y me ordenó tomar una cada dos horas.

En el gran campo de reunión de Prenzlau había miles de antiguos prisioneros de campos de concentración, de diversas nacionalidades, procedentes de todo el norte de Alemania. A cada nacionalidad se le habían asignado casas separadas. Según supe, había sido un campamento militar alemán.

Al segundo día de mi estancia llegaron unos autobuses grandes y bonitos para los franceses, que allí constituían casi una mayoría. Cada francés recibió un traje de civil nuevo, ropa interior y una maleta pequeña. Colocaron las maletas encima de los asientos y se marcharon. Nosotros, los checoslovacos, ocupamos sus lugares y allí estábamos bastante bien. Cocinábamos en las pequeñas cocinas que habían dejado los franceses, junto con los utensilios.

Allí me encontré con varios conocidos, especialmente con Kovalčík, que me había dejado enfermo en la carretera y se había marchado en un vehículo desconocido. Yo nunca le habría hecho eso a un amigo. Muchos de los nuestros tenían carros y

caballos e iban por los alrededores, a casas y fincas vacías, a «requisar» o conseguir cerdos, gallinas, liebres y cosas por el estilo. Dormíamos sobre colchones de paja y nos cubríamos con mantas finas. Había comida y tabaco de sobra.

Lo que más nos preocupaba era cómo volveríamos a casa. Nuestros responsables no sabían qué hacer, porque no circulaban trenes en toda Alemania y las comunicaciones telefónicas y telegráficas estaban completamente cortadas. No sabían cómo hacer saber a Checoslovaquia que estábamos allí en Prenzlau, lejos de casa, y que hacía falta llevarnos de vuelta lo antes posible. Quienes sabían tocar algún instrumento musical consiguieron uno y, junto con nuestros gitanos, formaron una banda bastante buena. También se organizaban bailes, porque había muchas mujeres de toda nuestra república. El campo vecino estaba ocupado por yugoslavos, que también tenían una banda y vivían allí alegremente y de forma bastante ordenada. Como hacía un tiempo hermoso, salíamos a pasear por los alrededores. Cerca de Prenzlau pasaba un río bastante grande y había un gran lago donde íbamos a pasear en barca y algunos también se bañaban.

Página de origen 16, 17

Me había curado casi por completo. Las dosis de medicamento en polvo que tomaba me ayudaron mucho. Se me bajó la hinchazón y la disentería también desapareció pronto. De las otras enfermedades seguí recuperándome durante mucho tiempo en casa; solo la debilidad nerviosa me quedó como recuerdo.

Página de origen 17

A comienzos de julio de 1945, los responsables de nuestro campo llegaron a un acuerdo con el mando local de las tropas soviéticas. A raíz de ello, uno de los representantes de los prisioneros y un comandante soviético volaron a Praga. Comunicaron que en Prenzlau había mil prisioneros de campos de concentración esperando que los transportaran a su patria y les pidieron que enviaran por lo menos camiones.²

El 6 de julio de 1945 llegaron a buscarnos los primeros vehículos de Checoslovaquia. Los habían enviado desde Praga. En el primer transporte se marcharon las mujeres y algunos enfermos graves.

Cuando iban a llegar los vehículos para el segundo transporte, nos dijeron que preparáramos un gran montón de tacos de madera, porque los camiones funcionarían con gas de madera. Pero ¿de dónde íbamos a sacar tanta madera, si no había ningún bosque en los alrededores y solo crecían unos pocos pinos

retorcidos cerca? No lejos de nuestro campo había un edificio grande que estaba cerrado con llave, pero algunos de los nuestros lograron entrar y descubrieron que estaba lleno de esquís. Quizá los alemanes se habían preparado para seguir combatiendo incluso durante el invierno siguiente. Sacamos los esquís de aquel almacén, los cortamos en pequeños tacos y los dejamos preparados en un montón.

Cuando llegaron los vehículos para el segundo transporte, todavía no hubo sitio para mí. Por eso me asignaron al tercero, en un viejo camión que funcionaba con gas de madera.

Madera para el viaje de vuelta



Ilustración creada con IA a partir de las memorias.

Antes del segundo transporte, cortaron esquís de un almacén para alimentar los camiones de gasógeno. Pavol salió en el tercero.

La noche antes de partir hacia la patria no pude conciliar el sueño en absoluto. Me invadía una gran alegría al pensar que volvería a ver a mi familia y a mi patria, Checoslovaquia. Por mi mente volvieron a pasar todos los acontecimientos y todas las personas con las que había estado durante mi reclusión en el campo de concentración, así como en aquel terrible camino de la muerte. Me preguntaba en silencio por qué las personas son tan malas y crueles unas con otras, si vivimos tan poco tiempo en esta tierra. Pero no encontré respuesta.

De madrugada salí delante del alojamiento y las primeras luces del día empezaron a iluminar toda aquella región donde me había visto obligado a vivir durante más de un mes. Poco a poco emergió de la niebla todo el paisaje llano, y solo a lo lejos se dibujaban unas colinas. La llanura estaba atravesada por largas carreteras bordeadas de árboles. Entre las carreteras había grandes extensiones de campos y lagos. Qué hermosa región, y uno casi no puede creer que hasta hace poco hubiera aquí una guerra cruel y que cada día murieran miles de personas en los campos de concentración. Me alegraba mucho dejar aquella región para siempre.

No me encontraba bien, pero esperaba recuperarme por completo al llegar a casa. Por la mañana preparamos el desayuno por última vez y subimos a los vehículos.

Página de origen 18

Viajamos en los vehículos hacia Berlín por una de aquellas hermosas carreteras bordeadas de hileras de árboles. Durante el día viajábamos; al atardecer preparábamos la comida y comíamos, y por la noche dormíamos en el granero más cercano o en alguna casa abandonada. Poco a poco llegamos a las afueras de Berlín. Allí se habían levantado cientos de pequeñas viviendas provisionales con materiales diversos. Vivían en ellas habitantes del centro de Berlín que habían sobrevivido a los bombardeos, pero no tenían dónde alojarse.

El oficial que dirigía nuestro transporte me invitó a sentarme a su lado en la parte delantera del vehículo, porque quería enseñarme Berlín destruido. Volví a ver la larga calle Berliner Straße, por la que habíamos ido como prisioneros al lugar de trabajo durante dos meses, y volví a distinguir la inscripción blanca junto a la que pasaba cada día: «Hitler ist kaput».

Recorrimos de un lado a otro aquella inmensa extensión de ruinas que se llamaba Berlín. Volví a sentarme entre mis compañeros en la caja del camión y seguimos por una carretera ancha en dirección a Dresde.

Desde lejos se veían las ruinas de Dresde, una ciudad que en otro tiempo había sido tan hermosa. Entonces nuestro vehículo se detuvo de forma imprevista y el conductor, después de examinar el motor, dijo que se había producido una avería que no podía repararse sin piezas de recambio. Empujamos el vehículo hasta el borde de la carretera y los conductores de los otros vehículos nos gritaron que fuéramos avanzando despacio a pie y que desde Teplice-Šanov enviarían vehículos a buscarnos.



Quelle: Deutsche Fotothek

Fotografía documental

Dresde, las ruinas de la Frauenkirche, después del 17 de septiembre de 1945. Imagen de época de la ciudad destruida, tomada después del regreso de Pavol.

Deutsche Fotothek / Richard Peter sen., df_ps_0000384 / CC BY-SA 3.0 DE

Poco a poco nos acercábamos a nuestra frontera y pasamos la noche en un pueblo pequeño. Fue nuestra última noche en territorio alemán. Al día siguiente volvimos a ponernos lentamente en marcha y a lo lejos vimos que se acercaba un autobús grande y bonito. Era un autobús del balneario de Teplice Šanov y venía para nosotros. Subimos a él con gran alegría y nos acomodamos en sus asientos.

Unas horas después, el comandante del transporte nos anunció con gran alegría que pronto estaríamos en la frontera de la República Checoslovaca. Todos estábamos emocionados y esperábamos con alegría. En una colina cercana había una barrera que cruzaba la carretera y unos postes fronterizos. El autobús se detuvo delante de la barrera, bajamos y pasamos ya al territorio de nuestra patria. En nuestro lado se había levantado un arco de bienvenida adornado para la ocasión, con un gran letrero que decía: «Bienvenidos».

Por el lado izquierdo de la carretera avanzaba hacia Alemania una gran corriente de personas cargadas con toda clase de pertenencias. Según nos enteramos, eran alemanes de los Sudetes que, en virtud de diversos acuerdos, tenían que ir a Alemania.

Nos acercábamos a aquel arco de bienvenida cuando la banda de los guardias fronterizos empezó a tocar nuestros himnos, Kde domov můj y Nad Tatrou sa blýska. Nos quedamos inmóviles, como clavados al suelo; se me saltaron las lágrimas y me arrojé al suelo gritando: «¡Mi querida patria, querida Checoslovaquia!». Vi que a mi alrededor todos se abrazaban y se besaban y lloraban.

En la tierra de su patria



Ilustración creada con IA a partir de las memorias.

Los himnos sonaron al regresar a Checoslovaquia. Pavol se dejó caer al suelo; a su alrededor la gente lloraba y se abrazaba.

Cuando nos levantamos, con lágrimas en los ojos, nos prometimos unos a otros que trabajaríamos para que nunca más hubiera guerra.

Después nos trasladaron a la ciudad de Teplice Šanov, donde cambiamos a otro autobús que nos llevó a nuestra capital, Praga.

Como todavía no circulaban trenes, fuimos utilizando distintos medios de transporte y por fin llegamos a casa el 22 de julio de 1945.

Me alegraba mucho de que todos hubiéramos llegado con salud al final de la guerra, y tenemos por delante una vida de paz y tranquilidad.

Terminado en Banská Bystrica el 20 de septiembre de 1946

Pavol Bučan

nacido el 4 de enero de 1896

Transcrito y editado a partir del original por su hijo Ivan Bučan,

nacido el 10 de marzo de 1929

Fin de las memorias

Fotografías familiares

Pavol Bučan es el autor de las memorias. La atribución final identifica a su hijo Ivan Bučan como quien las transcribió y revisó. Estas fotografías familiares muestran a Ivan con su hija Odetta Peniaková y con su esposa Odetta Bučanová, de soltera Zigová. Los pies de foto distinguen a las dos Odettas.

Se desconocen las fechas y los lugares de estas fotografías familiares.



Fotografía familiar

Ivan Bučan y su hija Odetta Peniaková.

Archivo familiar; fotografías e identificación de las personas facilitadas por Martin Peniak. Fotógrafo no indicado.

Ivan Bučan • Odetta Peniaková



Fotografía familiar

Odetta Peniaková con su padre Ivan Bučan.

Archivo familiar; fotografías e identificación de las personas facilitadas por Martin Peniak. Fotógrafo no indicado.

Ivan Bučan • Odetta Peniaková



Fotografía familiar

Ivan Bučan y su hija Odetta Peniaková.

Archivo familiar; fotografías e identificación de las personas facilitadas por Martin Peniak. Fotógrafo no indicado.

Ivan Bučan • Odetta Bučanová



Fotografía familiar

Odetta Bučanová, de soltera Zigová, e Ivan Bučan.

Archivo familiar; fotografías e identificación de las personas facilitadas por Martin Peniak. Fotógrafo no indicado.

Lugares de las memorias

Estas fotografías modernas presentan lugares mencionados en las memorias. Cada pie indica la fecha de la imagen. El relato no identifica el pueblo cercano a Pritzwalk donde murió Harach ni el lugar exacto del transbordo en Teplice.

Lichtenrade



Fotografía moderna

Monumento a las víctimas del subcampo de Sachsenhausen en Berlín-Lichtenrade, Bornhagenweg 55, 15 de noviembre de 2024. Conmemora el campo en el que estuvo preso Pavol.

OTFW, Berlin / Wikimedia Commons, CC BY-SA 3.0

Pritzwalk



Fotografía moderna

Ayuntamiento de Pritzwalk, 24 de junio de 2008. Vista moderna que sitúa la ciudad. Las memorias no dan el nombre del pueblo cercano donde murió Harach.

Doris Antony, Berlin / Wikimedia Commons / CC BY-SA 3.0

Teplice



Fotografía moderna

Teplice, Náměstí Svobody y el ayuntamiento, 29 de mayo de 2014. Vista moderna de la ciudad donde Pavol relata que tomó otro autobús hacia Praga. No se precisa el lugar del transbordo.

ŠJů, Wikimedia Commons / CC BY 4.0

Notas sobre el texto

La fecha de salida (página de origen 8)

El relato sitúa los preparativos de salida el 12 de abril de 1945. El Memorial de Sachsenhausen fecha la evacuación principal entre el 20 y el 21 de abril. Se señala la discrepancia y se conserva la fecha del testimonio personal.

La estimación de prisioneros (página de origen 8)

La cifra de al menos 200.000 prisioneros se presenta expresamente como una suposición de los presos. Los más de 200.000 que señala el Memorial corresponden a todo el período 1936-1945, no a una población simultánea durante la evacuación.

Intervenciones médicas e información de oídas (páginas de origen 5-6)

El narrador atribuye a otros pacientes la afirmación sobre los sueros experimentales. Se conserva esa atribución. Su descripción del dolor, el tratamiento y la enfermedad no determina por sí sola, de forma independiente, la intervención ni un diagnóstico.

¹ Una frase incompleta (página de origen 5)

La transcripción eslovaca original conserva el fragmento inacabado «ktorej členovia do ruky vziať zbraň»: literalmente, «cuyos miembros ... tomar un arma en las manos». Falta el verbo que expresaría la actitud de los miembros. La edición revisada y las traducciones mantienen en el relato la afirmación completa sobre el encarcelamiento de la secta y conservan aquí el fragmento incompleto. No se añade un rechazo ni una prohibición como palabras verificadas del autor.

Nuevas fotografías y palabras recuperadas (páginas 6, 14 y 17)

Las fotografías recibidas el 5 de septiembre de 2026 sustituyen esas tres páginas en la edición fotográfica. La página 14 permite leer las palabras correspondientes a dirección, al defecar, más, me dijo, su propio destino y avanzar lentamente a duras penas. También son visibles por completo hodne, choroby y ostali al comienzo de la página 17. En la página 6, un inicio de palabra anulado mediante sobreimpresión precede al claro apríla; la lectura es «A comienzos de abril de 1945». No se ha añadido un día concreto. Las restituciones menores de letras en otros lugares siguen señaladas en la transcripción eslovaca original y se integran en el texto revisado y las traducciones.

Nombres, lugares y voz narrativa

La transcripción eslovaca fiel conserva las grafías de época y los errores aparentes en nombres y lugares. La edición revisada solo unifica variantes ortográficas inequívocas; no inventa identidades ni sucesos. Se conservan las repeticiones significativas, los cambios al presente y los juicios del narrador.

Una frase contradictoria (página de origen 4)

La advertencia del guardia combina volver a salir impune con la amenaza de recibir el castigo correspondiente. No se ha añadido una posible negación ausente. La contradicción se conserva en el relato y se explica aquí.

Grafías de lugares en la edición revisada

Lichtenraden se unifica como Lichtenrade; Parchým/Parchym como Parchim, Neu-Ruppin como Neuruppin, Wittstok como Wittstock, Neusterlits como Neustrelitz y Pricwalk/Fritzwalk como Pritzwalk. Las distintas grafías del centro de reunión del final se unifican como Prenzlau según el contexto. Son identificaciones editoriales de variantes ortográficas, no una nueva reconstrucción del itinerario exacto.

² Caracteres anulados y número de prisioneros (página de origen 17)

La nueva fotografía muestra un breve fragmento mecanografiado y anulado antes de tisíc, no una cifra oculta. El texto eslovaco visible dice «ako tisíc väžňov». Se omiten los caracteres anulados y ambas ediciones eslovacas conservan ako. Su relación gramatical poco habitual no se resuelve silenciosamente como unos o más de. Para facilitar la lectura, la traducción dice «mil», con esta nota que conserva la formulación original y su incertidumbre. No se confirma de forma independiente un número exacto ni se añade un multiplicador.

Contexto histórico y fuentes

Sachsenhausen Memorial: 1936-1945

<https://www.sachsenhausen-sbg.de/en/history/1936-1945-sachsenhausen-concentration-camp/>

Death March Memorial in Below: April 1945

<https://www.below-sbg.de/en/history/april-1945-death-march-and-forest-camp/>

Berlin: Lichtenrade memorial plaque

<https://www.berlin.de/ba-tempelhof-schoeneberg/ueber-den-bezirk/gedenken/gedenktafeln/artikel.1426554.php>

Fuentes y créditos de las imágenes

Las fotografías documentales conservan su encuadre completo y su aspecto original en color o en blanco y negro. Cada imagen incluye la atribución al fotógrafo o al archivo y su propia licencia.

Sachsenhausen: torre A

Sachsenhausen: la torre de entrada A vista desde la plaza de recuento, 28 de agosto de 2007. Fotografía moderna de un lugar descrito en las memorias.

Cabologist / Wikimedia Commons, public domain
Public domain (author release, worldwide; unrestricted-use fallback)
Registro de origen • Licencia

Lichtenrade: monumento conmemorativo

Monumento a las víctimas del subcampo de Sachsenhausen en Berlín-Lichtenrade, Bornhagenweg 55, 15 de noviembre de 2024. Conmemora el campo en el que estuvo preso Pavol.

OTFW, Berlin / Wikimedia Commons, CC BY-SA 3.0
CC BY-SA 3.0 Unported (selected from offered licences)
Registro de origen • Licencia

Sachsenhausen: recuento de presos

Presos durante un recuento en Sachsenhausen, aproximadamente entre 1936 y 1944. Fotografía histórica del campo; las personas retratadas no están identificadas como Pavol ni como los compañeros mencionados en su relato.

Bundesarchiv, Bild 183-78612-0008 / CC-BY-SA 3.0
CC BY-SA 3.0 Germany
Registro de origen • Licencia • Bundesarchiv

Berlín: Wilhelmstraße

Berlín, las ruinas de Wilhelmstraße, primavera de 1946. Vista documental posterior de una calle mencionada en las memorias.

Bundesarchiv, Bild 183-P0627-501 / Cürlis, Peter / CC-BY-SA 3.0
CC BY-SA 3.0 de
Registro de origen • Licencia

Dresde: Frauenkirche

Dresde, las ruinas de la Frauenkirche, después del 17 de septiembre de 1945. Imagen de época de la ciudad destruida, tomada después del regreso de Pavol.

Deutsche Fotothek / Richard Peter sen., df_ps_0000384 / CC BY-SA 3.0 DE
CC BY-SA 3.0 de
Registro de origen • Licencia

Pritzwalk: ayuntamiento

Ayuntamiento de Pritzwalk, 24 de junio de 2008. Vista moderna que sitúa la ciudad. Las memorias no dan el nombre del pueblo cercano donde murió Harach.

Doris Antony, Berlin / Wikimedia Commons / CC BY-SA 3.0

CC BY-SA 3.0

Registro de origen • Licencia

Teplice: Náměstí Svobody

Teplice, Náměstí Svobody y el ayuntamiento, 29 de mayo de 2014. Vista moderna de la ciudad donde Pavol relata que tomó otro autobús hacia Praga. No se precisa el lugar del transbordo.

ŠJů, Wikimedia Commons / CC BY 4.0

CC BY 4.0

Registro de origen • Licencia

Archivo familiar

Archivo familiar; fotografías e identificación de las personas facilitadas por Martin Peniak. Fotógrafo no indicado.

Se desconocen las fechas y los lugares de estas fotografías familiares.

Ilustraciones creadas con IA

Ilustraciones digitales creadas con la herramienta de generación de imágenes de Codex, basadas en las memorias de Pavol Bučan. Las instrucciones y la selección de imágenes constan en la documentación de esta edición.

Un paquete entre los escombros - Mientras Pavol retiraba escombros en Berlín, un paquete de comida cayó a sus pies. Después, un guardia se lo quitó.

Todavía no quiero morir - Incluso durante la marcha se fijaba en las plantas junto al camino. La naturaleza lo sostenía y anhelaba volver a casa.

La primera noche en libertad - Tras escapar con Jožko Kovalčík, encontraron un refugio abandonado. Lo cubrieron con ramas y se quedaron dormidos, exhaustos.

Madera para el viaje de vuelta - Antes del segundo transporte, cortaron esquís de un almacén para alimentar los camiones de gasógeno. Pavol salió en el tercero.

En la tierra de su patria - Los himnos sonaron al regresar a Checoslovaquia. Pavol se dejó caer al suelo; a su alrededor la gente lloraba y se abrazaba.

La cubierta utiliza Todavía no quiero morir. Las cinco ilustraciones se generaron en septiembre de 2026.